

CABALÍN.—Cuando digo que sois maravillosas... ¡Maravillosas!

MARÍA ANTONIA.—Anda a trastear a tu amoroso, anda.

PILAR.—Pues allá voy.

*Mutis por el foro.*

### ESCENA VIII

MARÍA ANTONIA y CABALÍN.

CABALÍN.—¡Y no es más que una niña! En cuanto sea una mujer... ¡Pobrecitos hombres!

MARÍA ANTONIA.—¡Pobrecitos! Señor don Juan de Dios Cabalín, dignísimo ministro del Tribunal de Cuentas, en funciones de Presidente accidental..., o como pones en la antefirma de los documentos oficiales, el M. del T. de C. en funciones de P. A. del T. de C..., ¿hablamos disfrazando la verdad o hablamos sinceramente, como tú mereces y yo te debo por el gran favor que me hiciste ayer?

CABALÍN.—Hablemos sinceramente... A ver qué efecto nos produce la rareza.

MARÍA ANTONIA.—¿Sabes quién está arriba? Pedro. ¿Sabes a quién aguarda? A mí. Pero yo me niego en absoluto.

CABALÍN.—Pues si no te niegas, y sabes... ¡menuda estampa ve tu marido que le quitan de sus libros!

MARÍA ANTONIA.—Ninguna. Conmigo no peligrará jamás; que ya conozco de sobra hasta dónde puede

llegarse con esas bromas sin desdoro suyo, y mi buen juicio me marca los límites claramente.

CABALÍN.—Ya sé que tienes juicio, ya...; pero juicio de faltas.

MARÍA ANTONIA.—¿Me crees culpable? ¿De verdad, Cabalín?

CABALÍN.—No. Lo que se llama culpable con amplitud en el procedimiento, y con... con eficacia desastrosa, no; pero culpable de coqueteo, sí.

MARÍA ANTONIA.—Eso no es nada.

CABALÍN.—Para mí, no; para tu marido...

MARÍA ANTONIA.—Tampoco. Mientras a nadie se concede favor, no hay ofensa para el marido. ¿Que nos dicen algo de más?

*Con un mohín de insignificancia.*

¡Bah...! ¿Que se escucha algo de más? ¡Bah...! ¿Y que a veces se contesta algo de más? ¡Bah...! Eso no es nada grave. Conversación... y amenidad.

CABALÍN.—¿Amenidad? ¿Se llama así ahora eso?

MARÍA ANTONIA.—¿Que nos gusten las réplicas un poco vivas y nos satisfaga la vanidad un homenaje?... ¿Qué mal hay en ello?

CABALÍN.—¿En un homenaje? Ninguno.

*Imitando su mohín.*

¡¡Bah...!!

MARÍA ANTONIA.—Esa es la salsa de la vida.

CABALÍN.—Y no sirviendo el plato fuerte... ¡todo salvado!

MARÍA ANTONIA.—Naturalmente. Yo te agradezco



mucho la intención cariñosa de prevenirme; pero con los preparativos y los rodeos que empleaste... ¡me diste un susto, Cabalín!

CABALÍN.—Más habría que dar...: son muy sanos.

MARÍA ANTONIA.—Cualquiera diría que se trataba de alguna enfermedad.

CABALÍN.—Pero de una imprudencia, sí. Y debías tener a Pedro un poquito más a raya en sus expansiones.

MARÍA ANTONIA.—Me da tanta lástima...

CABALÍN.—¿Es por caridad? Pues tenla de tu marido..., y si te parece poco, funda un Patronato, que aun es más caritativo y tiene la ventaja de que el buen corazón para muchos es menos peligroso que el buen corazón para uno solo.

MARÍA ANTONIA.—Conmigo no hay riesgo posible. ¿Cómo te lo voy a decir?

CABALÍN.—Ya te comprendo, ya... Pero tú haces—honradamente y de buena fe—un distinguo demasiado sutil, figurándote que no hay pecado mientras el cuerpo no peca.

MARÍA ANTONIA.—¡Claro!

CABALÍN.—¡Oscuro! Os unieron en cuerpo y alma, y tanto debes de uno como de otro, que por el mundo la materia y el espíritu no se desligan, aunque otra cosa nos imaginemos los mortales.

MARÍA ANTONIA.—¿No voy a ser dueña de mis pensamientos?

CABALÍN.—No.

MARÍA ANTONIA.—¡Vamos, no exagere!

CABALÍN.—Y lo que me parece es que no te das cuenta exacta de la gravedad de tus acciones.

MARÍA ANTONIA.—¿Pero qué gravedad puede tener una conversación?

CABALÍN.—Si es Luis quien la sorprende...

MARÍA ANTONIA.—¡¡Bah!! En cuanto yo le explique y le diga que...

CABALÍN.—(Interrumpiendo.)—¿Y si no aguarda a que tú le expliques y se lanza como una fiera a cualquier desatino?

MARÍA ANTONIA.—¡Eso no puede ser!

CABALÍN.—¿Y si es?

MARÍA ANTONIA.—(Espantada.)—¡Ay, no!

CABALÍN.—¿Remediarás luego el daño con palabras que no ha de creer y con protestas que le sonarán a disculpas y a mentiras? Por tu bien, por el bien de todos, concluye de una vez el equívoco que haya entre Pedro y tú.

MARÍA ANTONIA.—Te lo prometo solemnemente. ¡Sólo faltaría que se figurara otra cosa!

CABALÍN.—Basta con que siga figurándose la misma...

MARÍA ANTONIA.—No le daré yo ocasión para que vuelva a hablarme de eso.

CABALÍN.—Al contrario. Si le huyes, te buscará con más empeño, y es preciso liquidar el asunto. Pero nada de bibliotecas ni de escondites, ¿eh?

MARÍA ANTONIA.—¡Tú sueñas, Cabalín! ¿Iba yo



a consentir en una entrevista que me perjudicara tontamente? ¡Jamás!

CABALÍN.—(Asombrado.)—¿Jamás?

MARÍA ANTONIA.—¡Nunca!

CABALÍN.—¡Sois maravillosas las mujeres!...

MARÍA ANTONIA.—No sé en qué...

CABALÍN.—Lo primero, en ser mujeres, que ya es gran maravilla; luego, en no ser hombres, que también es buena alabanza, y después... por tener siempre razón y por no volveros a acordar de cuando no la tuvisteis.

MARÍA ANTONIA.—En cambio, vosotros tenéis la autoridad y la fuerza.

CABALÍN.—¡Para lo que nos sirven con vosotras! Los hombres, con las mujeres, y poniéndonos el gabán, siempre estamos en ridículo.

MARÍA ANTONIA.—¡Siempre no!

CABALÍN.—Siempre. Y la prueba es que a las dos cosas nos ayudan amablemente los amigos...

MARÍA ANTONIA.—Eres exageradísimo, Cabalín...

CABALÍN.—Mucho, mucho...

*Advirtiéndole.*

Pedro...

### ESCENA IX

MARÍA ANTONIA, CABALÍN; luego PEDRO.

MARÍA ANTONIA *se levanta rápida.*

CABALÍN.—¡No, no! Aguárdale y a liquidar,

MARÍA ANTONIA.—Ahora mismo,

CABALÍN.—Ahora.

*Mutis por el foro.*

MARÍA ANTONIA.—(A PEDRO, que permanece inmóvil.)—Hola, Pedro...

PEDRO.—Hola... Milagro que no rehuyes la conversación...

MARÍA ANTONIA.—Figuraciones tuyas... Ya ves la prueba.

PEDRO.—Ayer cortaste en seco tus palabras sin explicarme lo ocurrido, y ni ayer ni hoy me diste ocasión para preguntarte lo que debes comprender que me interesa.

MARÍA ANTONIA.—No la habría...

PEDRO.—Te asustó Cabalín, ¿verdad?

MARÍA ANTONIA.—¡Ya lo creo!

PEDRO.—Y total... ¿qué sabe? Desgraciadamente para mí, la única deducción que puede sacar de cuanto sepa es que yo te quiero, que te busco... y que tú no cedes nunca.

MARÍA ANTONIA.—De eso debemos felicitarnos ahora los dos.

PEDRO.—¡Yo, no!

MARÍA ANTONIA.—Tú también. En lugar de veros seguros, y con la conciencia tranquila, estarías temeroso por mí, por Luis, por tu mujer...

PEDRO.—¿Vas a darme consejos como a un niño?

MARÍA ANTONIA.—Claro que sí. Por lo mismo que te quiero mucho, no voy a consentir gustosa en que cometas una locura,



PEDRO.—¿Que me quieres mucho?

MARÍA ANTONIA.—Muchísimo.

PEDRO.—Pero como yo a ti, de amor, de pasión...

MARÍA ANTONIA.—Deja el amor, deja. Eso ya terminó..., si es que lo hubo.

PEDRO.—Terminar, no. Yo no renuncio al único afán de mi vida, que eres tú.

MARÍA ANTONIA.—Razona, Pedro, razona...

PEDRO.—¡Pero cómo voy a razonar si me desconciertas con tu frialdad, si me respondes como indiferente cuando yo me dirijo a ti con toda el alma!

MARÍA ANTONIA.—¿Aun insistes? Y en vez de persuadirme, lo que haces es asustarme más... y apartarme más. ¿No te das cuenta de ello? Alucinarse..., confiarse..., pecar..., y después tener los espantos y los castigos, ya sucede; pero llevarse primero los sustos, e irse después al pecado... ¡no sucedel!

PEDRO.—Eres bien cruel, María Antonia...

MARÍA ANTONIA.—No. Bien sensata y bien razonable, y hablándote con un sentido común aplastante.

PEDRO.—¡Parece mentira!

MARÍA ANTONIA.—Sí..., parece mentira que sea mío. Pero, aunque lo tenga prestado, nos será muy útil a los dos. Escarmentemos antes de llevar los golpes y volvamos al buen camino: tú, a Genoveva; yo, a Luis...

PEDRO.—¿Y de veras supones que esto va a con-

cluir así? ¡Que impunemente se puede coquetear con un hombre, ilusionarle, enloquecerle... y después, como a un muñeco, como a un juguete, romperlo y tirarlo!

MARÍA ANTONIA.—¡Pedro!

PEDRO.—Piénsalo así, piénsalo...; pero yo te iré demostrando lo equivocada que estás. Es muy respetable la tranquilidad y la paz de la conciencia... ¡Todo eso es muy respetable, sí, muy respetable! Pero que no valga nada a tus ojos el tormento de mi alma, que ni siquiera vaciles por el daño que puedas hacerme, y que vayas a romper el lazo que nos une, pensando con alegría que no es nada material, que es sólo un afecto, una pasión..., y diciéndote quizá: «No se trata más que del alma..., y un alma se puede pisotear bien, sin peligro ninguno para nuestro cuerpo...» ¡No, yo te demostraré que no!

MARÍA ANTONIA.—Te ciegas, Pedro...

PEDRO.—Es posible... Pero a ciegas te demostraré también lo equivocada que estás. Tú defiendes el sosiego, el egoísta sosiego de tu vida material; yo defiendo las ilusiones y el amor... Puede que no lo valgan... ¡Pero tan loco estoy que aun los defiendol!

MARÍA ANTONIA.—Tienes razón...

PEDRO.—¿Tengo razón?

MARÍA ANTONIA.—En que estaba yo muy equivocada contigo, sí, en eso la tienes. Fui imprudente..., lo reconozco...; pero yo creía que una amistad predilecta, un cariño, llevado más allá todavía de los



límites prudentes, habría de ser una razón de gratitud que me convirtiera para ese hombre...—¡no para los demás, pero sí para ese!—en una mujer más respetada y más sagrada aún que todas las otras mujeres juntas...; pero no es razón, no lo es...; faltaba algo para la vanidad del hombre, y ese algo destruye por completo el valor de lo restante.

PEDRO.—Avanzaste tanto, que ya no tienes derecho para retroceder.

MARÍA ANTONIA.—¿Y tengo derecho para seguir avanzando por el mal camino que llevaba? No siendo tú..., ¿quién me lo diría, quién?

PEDRO.—¡¡No juegues con mi desesperación, María Antonia!!

MARÍA ANTONIA.—Y aun te quedo agradecida por tus exigencias. Pensaba que íbamos a romper..., nada más que a romper...; pero no pensé nunca que íbas a curarme tan radicalmente y tan pronto.

PEDRO.—¡¡María Antonia!!

MARÍA ANTONIA.—Yo te lo agradezco; pero tú hiciste mal para tus planes. Enseñándonos el precipicio no es como se cae en él...

PEDRO.—(*Cogiéndola amoroso.*)—¡¡No digas eso, María Antonia de mi vida!!

MARÍA ANTONIA.—(*Rechazándole con una mano, sin gestos ni desplantes.*)—Todas las puertas de par en par, todas, para que sea facilísimo el vernos... Buscas el escándalo, ¿verdad? Buscas la venganza ruin, ¿verdad?

PEDRO.—(*Que ha ido retrocediendo espantado.*)—¡No! Persiguiéndote soy torpe, soy hasta malvado..., ¿pero ruin? (*Alzando la voz.*)

MARÍA ANTONIA.—(*Temerosa de que oigan.*)—¡Pedro!...

PEDRO.—(*Bajando la voz.*)—Ruin no lo soy. Cuando lo sea ya volveré a buscarte.

MARÍA ANTONIA.—Te juzgué mal... ¡Pero es que tuve miedo!

PEDRO.—(*Dulcemente ya hasta el final.*)—Ojalá lo hubieras tenido antes de enloquecerme.

MARÍA ANTONIA.—Perdóname...

PEDRO.—(*Sonriendo.*)—Tú también a mí...

MARÍA ANTONIA.—Y olvídamme...

PEDRO.—No sé cómo se puede olvidar a voluntad..., pero trataré de saberlo.

MARÍA ANTONIA.—Adiós...

*Tendiéndole la mano.*

¿No quieres?

PEDRO.—No... ¿Para qué? ¿Para sentirte más cerca... y dolerme más la separación? ¿Para volver a cegar... y atraerte por la fuerza...? ¿Para que tu mano en la mía...? ¿Para qué?

MARÍA ANTONIA.—¿Entonces... adiós así..., Pedro?

PEDRO.—Así, María Antonia.

MARÍA ANTONIA.—Bien...

*Mutis lento por la derecha.*

*PEDRO queda inmóvil.*



## ESCENA X

PEDRO; CABALÍN, por el foro.

CABALÍN.—(*Después de una breve pausa, entra despacio.*)—¿Qué aguardas, Pedro?

PEDRO.—Nada. Y en mi vida he dicho verdad más grande.

CABALÍN.—(*Después de mirarle.*)—Tú sabrás...  
*Se marcha.*

PEDRO.—Desearía hablarte, Cabalín. Sí, es menester que hablemos.

CABALÍN.—Empieza.

PEDRO.—No es fácil...

CABALÍN.—Pues concluye. Lo que uno cree que es al fin, a veces no sirve bien más que para empezar.

PEDRO.—Quizá sea este el caso... Pero lo que te ofrezco desde ahora es ser muy leal en mis palabras. ¿Quieres prometérmelo también tú?

CABALÍN.—Con mucho gusto. Siempre fué mi norma la de ponerme a tono con quien me trata y ser tanto como él... o más que él si puedo. Tan leal, tan correcto... o tan granuja, para que no vaya a pensar, portándome en caballero, que soy tonto nada más. ¿Conformes? Pues habla.

*Se sienta.*

PEDRO.—Hace seis o siete días que observo en ti una conducta extraña, como... si me vigilaras.

CABALÍN.—No,

PEDRO.—(*Riendo.*)—¿No?

CABALÍN.—Que no hace esos días, hace más.

PEDRO.—¿Por qué?

CABALÍN.—Porque te veo preocupado..., y como el afecto a los de esta casa te alcanza a ti, naturalmente no ceso de preguntarte: «¿Qué le pasará a este muchacho, qué le pasará?»

PEDRO.—¿Es una demostración de cariño?

CABALÍN.—Exactamente.

PEDRO.—(*Riendo, como quien manifiesta que se deja engañar.*)—Muchas gracias.

CABALÍN.—(*Después de mirarle, sonriendo también.*)—No hay de qué.

PEDRO.—¿Y llegaste a sacar alguna consecuencia de tus observaciones?

CABALÍN.—Que no te distrae el campo... y que no esperarás al final del verano para marcharte.

PEDRO.—No lo he pensado nunca.

CABALÍN.—Bastaría con que lo pensaras y lo resolvieras ahora mismo.

PEDRO.—No eres leal, Cabalín.

CABALÍN.—Claro que no, estoy mintiendo... para que no seas tú solo y no te resulte desairado.

PEDRO.—¡Pues vamos a la verdad!

CABALÍN.—Vamos, si quieres... ¡Pero con cierta precaución, eh! Quien busca la Verdad corre el peligro de encontrarla..., y lo malo no está en la verdad que uno dice, sino en la verdad que a uno le contestan.



PEDRO.—Al punto que hemos llegado... ¡no la temo! Tú pretendes que yo me marche, porque sospechas algo.

CABALÍN.—No, porque lo sé... Y es un poco distinto.

PEDRO.—Pues te juro por lo más sagrado..., ¿lo oyes?, por lo más sagrado, que no hay nada..., nada definitivo..., entre ella y yo.

CABALÍN.—También lo sé. Y por eso precisamente quiero que te marches, pues ahora estamos muy a tiempo de evitar un gran disgusto para todos. Si estuviera ya el asunto decidido a tu favor, lo mismo me daría que te marcharas hoy o dentro de un mes, que yo no hago como los malos confesores, que preguntan en todos los pecados: «¿Cuántas veces, hijo, cuántas veces?»

PEDRO.—¡Bien lejos estás de mis verdaderas intenciones! Por lo mismo que en mi casa todo se ha vuelto prosa y amor materializado, en mi espíritu ya no hay afán sino para los amores ideales.

CABALÍN.—No lo dudo, porque después de todo eso es lo natural cuando uno se dirige a una mujer casada...; pero aun estando persuadido de ello, como ya es hora de concluir esta vigilancia, que me mortifica y es depresiva para todos, tú vas a tomar el único partido que nos tranquilizará: el de marcharte.

PEDRO.—¡Si supieras el amor que le tengo! ¡Es una locura! ¡Un fanatismo! ¡Esa mujer se ha metido en mi alma!

CABALÍN.—Siendo así...

PEDRO.—¡Te lo juro, Cabalín, te lo juro!

CABALÍN.—Pues siendo así yo no me opongo a que te la lleves.

PEDRO.—¿A que me la lleve?

CABALÍN.—Eso es. A que te la lleves en donde dices que ya está: en tu alma.

CABALÍN.—¡Pero yo necesito verla!

CABALÍN.—Igual la ves desde Madrid. Para el alma no hay distancias.

PEDRO.—¡No, no! Yo necesito verla con mis ojos y oír su voz con mis oídos.

CABALÍN.—A eso yo me opongo resueltamente, ¿lo entiendes bien?, resueltamente. En todo lo que sea imaginación y espíritu puedes campar a tus anchas y por tus respetos. El alma la acercas cuanto quieras..., pero el cuerpo lo vas a poner a mucha distancia. ¿Entendidos, Pedro?

PEDRO.—No. Yo no me marchó.

CABALÍN.—Pues le diré a la madre de María Antonia que te eche y por la razón que te ha de echar.

PEDRO.—¡Sería una canallada!

CABALÍN.—¿El decirlo?

PEDRO.—¡Sí!

CABALÍN.—Y el hacerlo, ¿qué es? Sin embargo..., ¿quieres que mi acción lo sea? Pues también. Pero no te sorprendas, porque ya te lo advertí: tan leal como tú, tan correcto como tú... y tan canalla como tú si es menester.



PEDRO.—¡Cabalín..., por favor!

CABALÍN.—Resuelve: marchas tú... o hablo yo.

PEDRO.—¡¡Por favor!!

CABALÍN.—Resuelve tú, Pedro. Yo estoy resuelto ya.

### ESCENA XI

Dichos; LUIS, por el foro.

LUIS.—¿Quién dirías que era el de los paseos por allá arriba? Pedro.

CABALÍN.—¡Ca!

LUIS.—Pedro.

PEDRO.—Yo, sí...

CABALÍN.—¿Recortando estampitas?

LUIS.—¡Ojalá!

CABALÍN.—¿Ojalá?

LUIS.—Eso no valdría la pena ni de hablarlo. Lo encontré meditabundo, tristón..., y aunque me respondió con evasivas no pudo engañarme.

CABALÍN.—No pudo.

LUIS.—Yo sé bien lo que pasa y comprendo el motivo de esas cavilaciones. Le agobia la situación de familia...

CABALÍN.—Tú lo has comprendido, Luis.

LUIS.—Pero me parece que se acobarda demasiado.

CABALÍN.—Eso mismo le estaba yo diciendo: hay que ser hombre y hay que afrontar las situaciones cara a cara y no desconsolarse como un chiquillo.

PEDRO.—Es verdad. Sólo te engañas en creer que me desconsuelo como un chiquillo. No. Me desconsuelo como un hombre.

LUIS.—Eso es peor.

PEDRO *se encoge de hombros...*

LUIS.—A éste puede que le convenga el echar una cana al aire para disipar las murrias. ¿Qué miras?

CABALÍN.—(*Que mira al techo.*)—La cana de éste.  
*Y sopla.*

LUIS.—Es mucha preocupación la suya...

### ESCENA XII

Dichos; PILAR, por el foro.

PILAR.—¡Ya está seguido el consejo de mi hermanita!

CABALÍN.—¿Con tu novio? ¿Y qué?

PILAR.—¡Que ha saltado la cuerda...!

*Desconsolada.*

CABALÍN.—¿Y se marchó?

PILAR.—Se marchó. Dice que con él no juega ninguna mujer.

PEDRO.—(*Riendo.*)—¿Qué edad tiene ese mocito?

PILAR.—Veinte y... cuatro años.

PEDRO.—Aun le quedan muchos para rectificar ese concepto equivocado. ¡Ya se burlarán de él, ya!



## ESCENA XIII

Dichos; DOÑA TRINIDAD y MARÍA ANTONIA, por el foro.

DOÑA TRINIDAD.—Hale, a vestirse si hemos de ir a la Fuente.

LUIS.—Tú, María Antonia..., ¿te bastan dos días para arreglar el equipaje?

MARÍA ANTONIA.—¿A París?

LUIS.—A París.

MARÍA ANTONIA.—*(Echándose al cuello de LUIS.)*— ¡¡Ay, sí, sí...!!

DOÑA TRINIDAD.—Pero mujer..., ¡no seas extremada!

LUIS.—Parece que no has ido en tu vida...

*Reprendiéndola.*

CABALÍN.—Ese abrazo me lo debes a mí..., porque le gasté la broma de que tú no la llevarías a causa de los negocios..., y ya se tragara el disgusto.

LUIS.—*(Con las dos manos coge una de MARÍA ANTONIA.)*—Pero Antonia..., ¿podías admitir que no te llevase habiéndolo prometido?

*Sin soltar la mano más que de una de las suyas y abrazándola cariñoso.*

¡Boba, boba!...

PILAR.—Uno así es lo que yo ambiciono...

CABALÍN.—No es nada exagerado el no pedir más que uno.

PILAR.—*(Riéndole.)*— ¡¡Cabalín!!...

LUIS.—Pues saldremos el miércoles. Cuento contigo también, Pedro.

PEDRO.—*(Disculpándose.)*—No...

LUIS.—Es que te necesito.

PEDRO.—Pero yo tengo que marchar esta tarde a Madrid.

MARÍA ANTONIA.—¿Esta tarde?...

PEDRO.—Me llama el director, que se quedó solo porque ha enfermado mi compañero.

LUIS.—Yo le escribo si quieres...

PEDRO.—Voy precisamente para arreglarlo.

CABALÍN.—Y de palabra es más fácil.

LUIS.—Que vaya, sí; pero hoy no tiene objeto, que ya pasaron las horas de oficina, e igual llegas saliendo en un tren de la mañana.

DOÑA TRINIDAD.—Tiene razón Luis: llegas igual.

PILAR.—¡Quédate hoy, Pedrito!

MARÍA ANTONIA.—Quédate, Pedro...

LUIS.—¿No te parece a ti lo razonable?

CABALÍN.—Muy razonable. Quédate hasta mañana.

PEDRO.—Más hacéis vosotros en pedirlo que yo en acceder: me quedo.

PILAR.—¡Muy bien!

CABALÍN.—Hasta el primer tren de la mañana.

PEDRO.—Eso es. Hasta el primer tren de la mañana.

DOÑA TRINIDAD.—Pues andando, a coger los abrigos y los sombreros.



LUIS.—Andando.

*Coge a MARÍA ANTONIA del brazo.*

*Mutis por la derecha los cuatro.*

#### ESCENA XIV

CABALÍN y PEDRO.

CABALÍN.—Cumples como yo esperaba... Dispénsame si tuve alguna brusquedad.

PEDRO.—Ninguna. Y si la tuviste fué porque yo la merecería...

CABALÍN.—La paz de esta casa, que no se interrumpió ni un momento, y la felicidad que puede volver con el encanto de que no sospechen siquiera que estuvo ausente y perdida para ellos... lo vale todo.

PEDRO.—Todo, sí... Lo único que no vale nada soy yo mismo.

CABALÍN.—Pedro...

PEDRO.—Y ahora aprendí bien—a costa mía, pero lo aprendí bien— lo que significa el unirse en cuerpo y alma. Mientras uno es libre, puede volar el alma cuanto quiera...; pero estando uno aprisionado, teniendo que ir el cuerpo fatalmente por un solo camino..., el secreto de la felicidad...—¡de la mezquina felicidad que hay en el mundo!—es decirle al alma que no delire más, que no vuele más... y que se conforme con ir rastreramente detrás del cuerpo, como va el perro tras del amo...

CABALÍN.—No es muy sublime..., pero es muy práctico.

PEDRO.—Lo aprendí..., lo haré..., ¡pero aun me cuesta dolor y sacrificio esta vulgar sabiduría!

CABALÍN.—(*Reprendiéndole afectuoso.*)—¡¡Vamos, Pedro!!

PEDRO.—Dejémoslo, sí... Hay cosas que cuando se hablan una vez se hablaron ya demasiado.

CABALÍN.—Exactamente.

PEDRO.—(*Sonriendo a la fuerza.*)—Pues concluído. Queda con Dios, Cabalín.

CABALÍN.—Hasta ahora, Pedro.

*Le da la mano, y al estrechársela, por un impulso afectuoso, lo atrae y lo abraza.*

PEDRO.—¿Es como perdonarme, verdad?

CABALÍN.—¡No sé lo que es!...

PEDRO.—¡Yo sí lo sé! Es que para la salvación eterna me parece indispensable que tengamos un alma...; pero en cambio para la vida, para la prosaica vida, me parece que el alma nos sobra muchas veces. Con el cuerpo habría bastante.

CABALÍN.—¡Pedro, Pedro!...

PEDRO.—Queda con Dios, queda con Dios...

*Mutis por el foro.*



## ESCENA XV

CABALÍN; MARÍA ANTONIA, por la derecha.

MARÍA ANTONIA.—(*Después de una breve pausa entra con un velo arrollado a la cabeza y una sombrilla.*)—Ya estoy.

CABALÍN.—Y muy guapa.

MARÍA ANTONIA.—Pero muy rabiosa conmigo misma, que esta excursión de hoy me contraría y me pone frenética, porque..., porque..., por...

*Y se echa a llorar.*

CABALÍN.—¿Qué es eso, mujer? ¿Qué te pasa?

MARÍA ANTONIA.—(*Desconsolada.*)—¿No lo sabes?

CABALÍN.—No...

MARÍA ANTONIA.—(*Sorprendida.*)—¿Que no lo sabes?

CABALÍN.—No...

MARÍA ANTONIA.—(*Con ira.*)—¿Para qué mentes?

CABALÍN.—¿Yo? ¿Mentir yo? Jamás.

MARÍA ANTONIA.—¿Y lo que tú conoces? ¿Lo que yo te he dicho? ¿Lo que hemos hablado tú y yo?

CABALÍN.—¿De qué?...

MARÍA ANTONIA.—¿No recuerdas nada?

CABALÍN.—Nada. Absolutamente nada.

MARÍA ANTONIA.—¿Y no recordarás nunca?... ¡Gracias, Cabalín, gracias!

CABALÍN.—(*Separándola suavemente.*)—Me intrigas..., me pones en curiosidad...

*Riendo.*

A no ser que vengas buscando el desquite de la broma que te gasté ayer.

MARÍA ANTONIA.—Qué buenos eres...

CABALÍN.—Muy práctico. Imítame un poco y verás qué bien te va.

MARÍA ANTONIA.—Puede que tengas tú razón. En la vida...

CABALÍN.—En la prosaica vida...

MARÍA ANTONIA.—No hay que buscar el ideal lejos de nosotros. ¡Al contrario! Lo que hay que hacer únicamente es idealizar un poco lo cercano, lo que está unido a nosotros, lo que es nuestro ya.

CABALÍN.—¿Quién lo duda?

LUIS.—(*Dentro.*)—¡Antonia!... ¡Vamos!

CABALÍN.—Vamos.

*Le da la mano, ella la coge y la besa rápidamente, y él hace pasar a ANTONIA por delante, dejando que salga primero.*

¡¡Sois maravillosas..., maravillosas!!

TELON